

conciencia en la ejecución. Lo mejor en escultura son los bajo-relieves: verdaderos cuadros en que se encuentran dibujadas muy varias escenas: batallas, cacerías y ceremonias, todo con tal abundancia y propiedad en los detalles, con tal belleza y verdad, y con tal armonía en el conjunto, que pueden servir de modelos. Los griegos se inspiraron en ellos, y aunque superaron á los asirios en la representación del cuerpo humano, en la de animales no tiene rival el arte asirio-caldeo.

A este pueblo orgulloso y cruel debe la ciencia sus primeros progresos. Los sacerdotes caldeos á fuerza de observar los astros, llegaron á fijar algunos hechos elementales, de que nació después la astronomía. Determinaron el camino del *Sol* y fijaron el *Zodiaco*; la semana de los siete días, en honra de los siete planetas; la división del año en doce meses, del día en veinticuatro horas, de la hora en sesenta minutos, y del minuto en sesenta segundos; crearon, en fin, el sistema de pesas y medidas que adoptaron todos los pueblos de la antigüedad.

CAPITULO III.

LOS JUDIOS.

I.—Origen de la civilización Judaica.

CUANDO los pueblos *semiticos* descendieron de las montañas de *Armenia* á las llanuras del *Eufrates*, una de sus tribus llegó hasta el país del *Jordán*. Esta tribu llamada de los *hebreos* (de más allá del río), llevaba la vida de pastores errantes, viviendo en tiendas y vagando de un punto á otro con sus ganados de bueyes, carneros y caballos, según lo hacen todavía los árabes del desierto. La tribu formaba una gran familia, compuesta del *Jefe*, sus mujeres, hijos y servidores. El *Jefe* era, á la vez, padre, sacerdote, juez y rey; ha recibido el nombre tradicional de *patriarca*.

La Biblia (el libro), (1), representa á los patriarcas *Abraham* y *Jacob*, como destinados por Dios para formar con sus descendientes un pueblo elegido entre todos los pueblos de la tierra: *Abraham* celebra alianza con Dios y promete obedecerle; *Jacob* recibe del Eterno la promesa de que será origen de un gran pueblo: «Tu posteridad,» le dice, «será más numerosa que las estrellas del cielo y las arenas del mar.» El mismo libro refiere que *Jacob*, (llamado también *Israel*, el fuerte), acosado por el hambre, fué á Egipto, donde residía José, uno de sus hijos, vendido por sus hermanos á unos mercaderes (2). José llegó en poco tiempo, á causa de su saber y sus virtudes, á ser «Ministro del Faraón» La prole de *Jacob* creció tanto, que de setenta pronto se convirtieron en 600,000 en estado de llevar las armas.

El rey de Egipto oprimía mucho á estos extranjeros; entonces *Moisés* (3) recibió de Dios la misión de librarlos. Un día que guardaba éste su rebaño, se apareció un ángel en medio de una zarza ardiente, (cuenta la Biblia,) y oyó *Moisés* estas palabras: «Soy el Dios de *Abraham*, de *Isaac* y de *Jacob*: he visto la aflicción de mi pueblo, he oído sus voces contra los que lo oprimen, y he sabido sus sufrimientos. Así es que he venido para librarlos de las manos de sus opresores, para llevarlos al país en que manan la leche y la miel, á la región de los cananeos. . . . Tú sacarás de Egipto á los hijos de *Israel*, mi pueblo.» *Moisés* cumplió en medio de prodigios el mandato de Dios (1,625). En el monte *Sinai* recibió la Ley (el Decálogo), y durante cuarenta años vagó con el pueblo en el desierto. Varias veces quisieron los hebreos volver al rico país de donde habían salido; pero *Moisés* los mantuvo sumisos, hasta que lle-

(1) Todo lo que se sabe de los judíos está contenido en la Biblia. Consta del *Génesis*, el *Exodo*, los Jueces, *Samuel*, los Reyes, las Crónicas, *Esdras*, *Nehemías*, y los *Macabeos*. Los cristianos le añadieron los Evangelios, las Actas de los Apóstoles, las Epístolas, y la Apocalipsis.

(2) *Jacob*, hijo de *Isaac* y nieto de *Abraham*, tuvo doce hijos: *Rubén*, *Simeón*, *Leví*, *Judá*, *Dan*, *Neftalí*, *Gad*, *Aser*, *Isacar*, *Zabulón*, *José* y *Benjamín*. De aquí las doce tribus de *Israel*.

(3) Un Faraón ordenó el suplicio de los hijos nacidos de hebreos; una madre expuso el suyo en un remanso del Nilo, entre unas cañas. La hija del rey, que fué á bañarse, lo encontró, lo recogió y le llamó *Moisés*, (salvado de las aguas.)

garon á *Palestina*. El libro de la Biblia que relata esta gran peregrinación es el *Exodo*, que significa *destierro ó salida*.

Al establecerse, los israelitas formaban doce tribus; diez de Jacob, y dos descendientes de José; y eran 601,000 hombres, sin contar los sacerdotes ó *levitas*, que ascendían á 23,000. Pero antes de tratar de su organización política y social, veamos la religión, que hizo de una tribu oscura uno de los pueblos que han ejercido mayor influencia en la humanidad.

II.—Religión.

LO que distingue á este pueblo de todos los demás pueblos de la antigüedad, es la creencia en un solo Dios, Inmaterial y Creador. «En el principio,» dice el Génesis, «creó Dios el cielo y la tierra, las plantas y los animales, y formó el hombre á imagen y semejanza suyas.» Todos los hombres son la obra de Dios; pero los elegidos entre todos, son los «hijos de Israel,» su pueblo. Al patriarca Abraham, á Jacob, á Moisés, les dice: «Soy el Eterno, el Dios de tus hijos, un Dios fuerte y celoso.» *Jehová* ama y protege á esa raza, su joya más estimada entre todas, y le ofrece hacerla feliz; ella en cambio, le promete adorarlo y servirle como á Legislador, Juez y Dueño.

La ley que el Eterno dictó á Moisés en el monte *Sinai* constituye un Código moral, que añadido á las órdenes divinas contenidas en los cinco primeros libros de la Biblia, (el Pentateuco), completa la organización política y social del pueblo hebreo. Los preceptos del Decálogo se dividen en positivos y negativos: los primeros prescriben lo que debe hacerse como «amar á Dios, respetar á nuestros padres, santificar las fiestas;» los segundos, indican lo que no debe hacerse, y condenan «el homicidio, el adulterio, el robo, la murmuración y la codicia.» Dios, como Señor y dueño de los israelitas, les prescribe las fiestas, (el Sábado, la Pascua, la de las mieses, y la de los Tabernáculos ó de las vendimias); organiza el matrimonio, la familia, la propie-

dad y el gobierno; enuncia los crímenes y penas, y hasta los alimentos y medicinas. Ningún pueblo fué más adelante en la organización social.

III.—Régimen político.

TAN pronto como se establecieron los hebreos en *Palestina*, olvidaron las enseñanzas del Señor, adoraron los ídolos de los pueblos vecinos, y formaron una República federativa, en que las tribus se gobernaban casi independientemente. Entonces «la ira del Señor se encendía en contra de ellos» y los abandonaba en manos de sus enemigos; pero cuando se arrepentían y se humillaban, les enviaba guerreros valientes y virtuosos, como *Gedeón*, *Jefté* y *Samsón* (1), que acudían en medio de prodigios á libertarlos de los *Madianitas* y *Filisteos*, sus más encarnizados enemigos.

Cansados al fin los israelitas, ó incapaces de gobernarse por medio de una federación de tribus, pidieron un rey al sumo sacerdote *Samuel*, quien designó á *Saúl*. (1,096). El soberano debía ser un instrumento, un dócil servidor de la voluntad de *Jehová*. *Saúl* se mostró indigno del trono, desobedeciendo la ley del Señor; entonces el sumo sacerdote lo depuso, y ungió secretamente con el óleo santo al pastor *David*. (1,056). Este fué el rey más poderoso de Israel; extendió el reino hasta el mar *Rojó*, tomó á sus enemigos la montaña de *Sión*, y edificó en ella á *Jerusalén*, que llegó á ser la ciudad santa de los hebreos, y que hoy aún, lo es de los cristianos.

El hijo y sucesor de *David*, *Salomón* (1,016 á 976), gobernó pacíficamente, edificó el templo, contrajo alianza con los reyes vecinos y adquirió fama de sabio y justiciero; pero sus esplendores fueron los últimos que despidió la monarquía; á su muerte el reino se dividió en dos: diez tribus formaron el reino de *Israel*, en que fueron adorados los becerros de oro y los dioses fenicios, y solo dos permanecieron fieles á *Jehová* y al rey de *Je-*

(1) Los Jueces son más símbolos que personajes históricos: *Gedeón*, de la astucia y del valor; *Jefté*, de la consagración á una causa; *Samsón*, de la fuerza física y del candor.

rusalén. Ambos reinos, el de Jerusalén y el de Israel, se hicieron cruda guerra, hasta que el primero, con su capital *Samaria*, fué destruído por *Sargón*, rey de Asiria (722), Elde *Judea*, con *Jerusalén* por centro, se conservó por algún tiempo, cayendo luego en poder de *Nabucodonosor*, rey de Caldea. (586).

Todas estas desgracias y catástrofes fueron anunciadas por los profetas, (los videntes), y vistas por ellos como castigos impuestos por Dios á las infidelidades de su pueblo. Estos hombres de vida ejemplar, después de haber ayunado, orando y meditando en el desierto, se presentaban en nombre del *Señor*, ante los reyes y el pueblo, aconsejándoles que se arrepintieran, que derribaran los ídolos y que volvieran á *Jehová*. Así, *Isaías*, el más profundo y sublime de estos profetas, exclamaba: «¿Por qué degollar bueyes y quemar incienso en honor de Dios, como los idólatras? . . . » Oíd la palabra del *Eterno*: No encuentro gusto ninguno á la sangre de los animales que sacrificáis; vuestro incienso me da asco. . . . Cuando extendáis las manos, me cubriré los ojos para no verlas, pues que están llenas de sangre. Limpiaos: dejad de obrar mal, aprended á hacer el bien; protegéd á los oprimidos, amparad á los huérfanos. . . . y entonces, aunque vuestros pecados sean tan rojos como el carmesí, quedaréis blancos como la nieve » Los profetas, como se ve, trataban de sustituir el culto por la moral.

Los profetas enseñaban también al pueblo hebreo á tener paciencia, y á esperar la venida de *Aquél*, que debía libertarlos: así prepararon los caminos al *Mesías*. «No temas al asirio,» decía el profeta, «no temas al asirio que te castiga con su vara, como el egipcio en otro tiempo; pronto se extinguirá mi ira, y la carga caerá de tus espaldas.» Cuando los hijos de *Judá* fueron llevados cautivos á las llanuras del *Eufrates*, *Jeremías* prorrumpió en sus inmortales lamentaciones, sobre las humeantes ruínas de su patria (1); y ellos, cautivos, no la olvidaban en sus cánticos: «Sentados á orillas del río de *Babilonia*, hemos llorado pensando en *Sión*. . . . Nuestras harpas están suspendidas de los saúces en la ribera ¿Cómo hemos de entonar nuestros

(1) El canto de *Jeremías* es una tiernísima elegía: ¿Cómo ha quedado solitaria la ciudad antes tan populosa! Desamparada, inconsolable llora toda la noche; todos sus amigos se han convertido en enemigos suyos!

cánticos al *Señor* en tierra extraña? Si me olvidase yo de tí, oh *Jerusalén*, entregada sea al olvido mi mano diestra; pegada quede al paladar la lengua mía, si no me propusiere á *Jerusalén* por el primer objeto de mi alegría.»

Después de setenta años de cautiverio, *Ciro*, vencedor de Babilonia, permitió á los Judíos que volviesen á *Jerusalén*. Al llegar, reconstruyeron el templo y la ciudad, restauraron las fiestas y renovaron su alianza con *Jehová*. (536 a. de J. C.). A partir de entonces, el pequeño reino de *Jerusalén* pudo conservarse, pagando tributo á los persas, griegos y romanos; practicaba escrupulosamente la *ley de Moisés*, celebrando fiestas, ceremonias y sacrificios prescritos en ella. El sumo sacerdote y un consejo la conservaban; los escribas la copiaban; los doctores la explicaban al pueblo, y los fieles debían observarla, distinguiéndose por su celo los *fari-seos*. Los judíos esparcidos por Siria, el Asia menor é Italia, se reunían para conservar su religión: no edificaban templos, porque solo debía existir uno; pero leían y comentaban la palabra de Dios en sus *Sinagogas* ó asambleas.

El que los judíos esperaban como su libertador y rey, el *Mesías*, apareció en aquel tiempo en el seno de una pobre familia de carpinteros, en *Galilea*. Se llamaba *Jesús*; sus discípulos griegos le llamaron *Cristo*, el ungi-do, el consagrado por el óleo santo. Los sacerdotes de la *Ley* antigua no quisieron reconocerlo; lo creyeron un impostor y lo crucificaron. Los destinos del *cristianismo* fueron distintos de los de la religión mosaica: aquél se extendió por el mundo con la civilización más avanzada; ésta, quedó confinada á la nación judía. El año de 70 después de *Jesucristo*, *Jerusalén* y el Templo fueron arrasados por los romanos; los judíos, dispersos por todas partes, conservaron la *Ley* de Moisés por medio de los *rabinos*, sabios en la antigua lengua y ceremonias del culto. La iglesia cristiana persiguió á los judíos desde el siglo IV; hoy todavía son vistos con animadversión, si bien se les permite practicar su culto en todas partes, y dedicarse al comercio. Los más celosos, esperan aún al *Mesías*.

QUeda nada de la antigua *Jerusalén*; pero es probable que ni esta ciudad, ni ciudad alguna de Judea, pudiera compararse con Babilonia ó Tebas. El pueblo hebreo, fuerte moralmente, fué siempre escaso y débil: su número no excedió nunca de cuatro á cinco millones; su poder no traspuso las montañas del *Líbano*. El palacio de *Salomón* y el Templo; tales fueron las únicas maravillas de que se ufanaban los hebreos. Parece que uno y otro (palacio y templo), fueron construídos por artistas fenicios, que, por lo menos, dieron los ricos materiales de que estaban hechos. Según el libro de los Reyes, era notable por su riqueza el trono de marfil, formado por seis escalones, con dos leones cada uno. El templo, edificado también en tiempo de *Salomón*, se componía de tres partes: en el fondo, el *Sancta Santorum*, (Santo de los Santos) en donde se encontraba el *Arca de la Alianza*, y donde solo el sumo sacerdote tenía derecho á penetrar, una vez al año; en el centro estaba el *Lugar santo*, con el altar de los aromas, el candelero de los siete brazos y la mesa de los panes; delante, se encontraba el *Abrio*, abierto al pueblo, y en el que se sacrificaban las víctimas de animales.

No hay que hablar de escultura en un pueblo cuyas leyes prohibían la representación de seres superiores; y lo cierto es que toda su industria y sus artes, pertenecían á los fenicios. En cambio, en literatura, la Biblia es el monumento más bello y venerable que dejó la antigüedad.

LOS FENICIOS.

I.—Origen de los Fenicios.

POR el mismo tiempo en que los *hebreos* se establecían en el valle del *Jordán*, otras tribus de la raza semítica ocupaban la costa, desde el mar de *Siria* hasta las montañas del *Líbano*. No quedan ruinas, monumentos ni libros de ese pueblo; pero los hebreos y griegos que mantuvieron con él estrechas relaciones, nos han transmitido numerosos detalles de su vida pública, su religión, sus artes, su industria y su comercio. Este pueblo fué el que estableció el lazo de unión entre el Oriente y Occidente, y el que enseñó, en fin, á escribir al mundo.

Ya para el siglo XIII antes de Jesucristo, se elevaban en los islotes de la costa la opulenta *Tiro*, y la ciudad de *Arad*, y en el continente, *Gebel*, *Berite* y *Sidón*. Tan estrecho terreno no pudo contener á tan laboriosos y activos habitantes, y se lanzaron en barcas construídas con los cedros del *Líbano* hasta el extremo del *Mediterráneo*, fundando colonias en las islas y á lo largo de las costas; una de estas colonias, *Cartago*, llegó con el tiempo á tener mayor importancia y poderío que la madre patria y disputó al pueblo rey el dominio del mundo. Según la leyenda, unos tirios expulsados en el siglo IX por una revolución, llegaron á la costa de Africa conducidos por la reina *Elisar ó Dido* (la fugitiva); los naturales no quisieron venderle más terreno que el ocupado por una piel de buey; entonces, la hizo tiras muy delgadas, abarcando así gran extensión de tierra, en que pudo edificar la ciudad que llegó á ser temida rival de Roma.

II.—Organización política y social.

LOS fenicios no constituyeron un imperio; cada ciudad tenía su rey, y su asamblea. Sin embargo, la ciudad de *Tiro* era como el centro de una confe-